

ARCHIVO MIGUEL BENLLOCH

EL DETECTIVE

El texto “El detective”, escrito en 2012, constituye la acción oral. A partir de una narrativa de carácter biográfico y sociopolítico invoca y celebra los cuerpos disnormativos. Creada para el proyecto *Archivo FX.: De economía cero: Laboratorios*, Museu Picasso, Barcelona, 2012. Ese mismo año la presenta en el Centro Cultural de España, México D.F., y en Santiago de Chile en el programa de actividades de *Diálogo y Performance. Políticas del cuerpo*, en la sede del Movimiento por la diversidad sexual (MUMS).

Aquella tarde había decidido saltarme la regla familiar de no ver películas calificadas por la clasificación moral de la iglesia como 4, gravemente peligrosa no debe verse. Echaban en el cine Aliatar de mi pueblo, Loja, El detective una película protagonizada por Frank Sinatra en la que la homosexualidad estaba presente como delito, era 1968, tenía catorce años.

Fui solo, como se va a la escena del crimen, aquello era un asunto mío que tenía que vivir solo, sin riesgos de que en mi casa, estrictos con las cosas de la iglesia, lo supieran rápidamente por cualquiera. Entré cuando la película había empezado y salí antes de que terminara, con ello reforzaba la clandestinidad de mi acto, mi seguridad. No recuerdo muchas cosas más, incluso no sé si sirvió para aclararme algo, supongo que no mucho, solo que había mucha más gente que era como yo creía que yo era y que en torno a ellos actuaba la policía, maricones detenidos a mansalva, cargados como mercancías en un camión del que descendían para juntarse en la comisaría una variedad de cuerpos que vivían entre el gozo propio y el castigo ajeno. Placer y dolor. Cuerpo.

Manolita era encalora, al igual que la Negra, también llamada la Blancanieves, por puro contraste con el color aceitunado de su piel y tal vez como sueño imposible de un príncipe, menos acaramelado que el del cuento recientemente hecho película, un príncipe que le hiciera feliz en el desenfreno de una noche de amor imaginada y le rescatara del sórdido vivir en la ciudad con límite.

Manolita y la Negra serían como de treinta años, los dos eran lojeños, las dos vestían por la calle como hombres, elegantes y afectados por unos movimientos corporales como de otra naturaleza, gestos que lo separaban del resto de los hombres, afeminados según decían, maricones... o más bien mariquitas, sarasas, parguelas, bujarrones, la palabra travesti no estaba aún en el vocabulario de un pueblo en los 60, por lo menos yo no la oí nunca decirla en la patulea de niños con los que yo hacía mi vida.

Mientras en la Negra, gitana, guapa y un poco bizca, a floraba la estridencia de sus contorneos, en Manolita todo era contenido, contaban, como una particularidad salvadora de su presente, que desde pequeño había jugado con muñecas y se lo habían consentido. La veo andando con las manos juntas y una voz suave.

La Negra era de pelo negro como tizones, ronca y cuando hablaba era graciosa, con frases rotundas llenas de comparaciones exageradas, desorbitadas, arbitrarias... La gente reía con ella y en cierta medida la respetaba.

Manolita iba con su vida interior, casi siempre sola y cuando paraba a hablar con alguien sus gestos seguían siendo recatados aunque sus ojos miraban a todas partes, como observando cualquier movimiento a su alrededor, escrutando la realidad donde se desenvolvía viviendo la vida distinta de sus afectos, rayando desde su comedimiento toda la normalidad, la norma estricta de los comportamientos esperados del género dual inscrito y sujetado en nosotros.

Las dos eran amigas o al menos yo de vez en cuando las veía juntas, su presencia pro-

ducía en mi una atracción no exactamente sexual, sino fruto de una todavía no certeza de que algo nos unía y un decirme que yo no era como ellas, pero podría ser que, pasado el tiempo, en algún momento pudiera serlo y empezar las manos a doblárseme en tirabuzón, forzar los escorzos troncales o adelantar el pie dejando solo la punta como apoyo... yo las miraba cuando me las cruzaba por cualquier calle o las veía encalar con aquellas largas cañas que terminaban en una brocha gruesa y tosca por donde la cal chorreaba antes de comenzar a iluminar la pared y entonces ya no sabía si las miraba o miraba el ligero añil de la cal iluminada por el sol, yo era sensible, palabra incrustada en nuestras vidas como una disculpa que nos hiciera más digeribles, más cercanos a lo que se le supone una cualidad de las mujeres, sensibilidad por debilidad, que era la voz que escondía nuestra real separación del mundo de los hombres.

Ellas eran limpias, trabajadoras, se ganaban su salario y nunca oí ninguna tropelía sobre su discordante atracción por los hombres. La palabra sería: eran correctas, no resquebrajaban la paz familiar, su forma de ser no provocaba desórdenes públicos ni alteraban el curso de las cosas. Sería mucho tiempo después cuando supe de la existencia de leyes que castigaban a cuerpos como estos cuando se expresaban en toda su potencialidad, capaces de crear alteración y disturbio y por ello sufrieran la separación del cuerpo social, convertidos en irredentos merecedores de prisión y castigo.

II

La vivencia del cuerpo, reconocido como tal, se forjó en esta soledad de la contemplación sin comunicación, o en la satisfacción del cuerpo de otros de edad semejante a la mía, casi siempre de mi mismo sexo, iniciados en un aprendizaje del cuerpo y del placer en observaciones clandestinas en común de nuestro propios cuerpos, donde la palabra estaba ausente, salvo cuando atraídos por un hombre de mucha más edad que nosotros, joven y de escaso conocimiento nos enseñaba a la chiquillería arremolinada en torno a su bragueta su miembro enorme. Entonces, cual bajada de atracción de feria, disolvíamos el grupo entre estridentes gritos sobre la descomunalidad de su pene, que no era del tamaño del nuestro y que en mi caso nunca se acercó. Yo entonces ya tenía conciencia del pecado, no del nefando, sino de esa extraña concepción de las cosas feas, tal y como se las designaba en el mundo de la abominación del cuerpo en el que parecíamos criarnos, que no respondían a criterios estéticos sino morales y para las que encontré en mi infancia y primera adolescencia un confesor que se adormilaba en el ritual y nunca nos hacía describir esa fealdad, con lo que introdujo en mí un relax para ir del pecado al arrepentimiento sin excesivo trauma... y así perdonarme con facilidad cualquier culpa y por tanto me permitiera ponerme de nuevo en disposición al pecado en forma mayormente de pajas o gallardas, como se decía en mi pueblo.

Perdón y pecado como una montaña rusa donde la mística sucede a la contricción y de nuevo al pecado deambulando por los días en un torbellino de reconocimiento de un cuerpo que produce placer y dolor y lo produce en un, llamémosle amor que no se atreve a nombrarse. Silencio a voces. Un incierto dolor.

Con el tiempo fui viendo que la vida se organizaba en esos criterios que reconocían todo el cuerpo por la parte que asignaba el sexo y de paso el género y todo lo construido en torno a esa pieza fundacional de la corporeidad masculina, un pene director de la cabeza instruida.

Años después, en el 1973, estaba ya en un colegio mayor masculino sobreviviendo a la centramina y otras anfetaminas que casi todos tomábamos para estudiar con aires de sabios y discutir sobre lo que aprendíamos después de horas de deambular por los pasillos de aquella residencia, en un continuo abrir y cerrar de puertas, formar tertulias políticas y reír y hablar y hablar, hasta que llegaba la hora del Zeluán, un bar cercano que abría a las cinco de la mañana y adonde íbamos antes de acostarnos y cuyo nombre para mí tenía resonancias orientales, aunque resultó ser un topónimo de Asturias; el Zeluán juntaba la noche y el día, acudía gente que había terminado su trabajo o lo empezaba, borrachos de a todas horas con la copa de anís, gente que se ganaba la vida en horarios nocturnos o comenzaba a trabajar temprano, pero entre los clientes asiduos estaba ella, nunca supe su nombre, pero su imagen, vestida de mujer, maquillada profusamente, sentada en un taburete siempre al mismo lado de la barra, con las manos llenas de bisutería y el pelo corto a lo garçon, nunca se me olvidó. Ahí, enfrente de mí estaba mi otro yo, un travesti que cada noche actuaba en el Rey Chico de Granada, el lugar de la juerga del que todos sabíamos, que ahora es Biblioteca Municipal.

De nuevo no era el deseo el que me hacía fijarme en ella, ahora sí travesti, distinta a todos los que visitaban el bar. La miraba de reojo un poco nervioso como si de un momento a otro fuera a ser yo misma. Pero ella allí era una mujer, una señora desayunando y solo era distinta por nuestra propia mirada. En esos años aún no había leído nada acerca de la homosexualidad que me permitiera reivindicarme desde una teoría que creara en mí un nuevo sentido. El cuerpo iba por libre buscando su placer por encima de todo raciocinio... y era esa imposibilidad de contención lo que me afirmaba que yo era así por mucho que todo lo que vivían otros no se pareciera a mi propia vida. El deseo era en sí riesgo y aventura.

III

Vosotros, ¿no os sentís opresores? Folláis como todo el mundo y que culpa tenéis si hay enfermos o criminales... Sois tolerantes, decís, ¿que otra cosa podéis hacer...?

Vuestra sociedad - nos ha tratado como una plaga social para el Estado... Las palabras que sirven para designarnos son al mismo tiempo vuestros peores insultos.

Protegéis a vuestros hijos e hijas como si lleváramos la peste.

Sois responsables de la infame mutilación que nos habéis impuesto al reprocharnos nuestro deseo.

Vosotros que queréis la revolución, habéis querido imponernos vuestra represión. Luchabais en favor de los negros y tratabais a los policías de maricones, como si no hubie-

ra insulto peor.

Vosotros, adoradores del proletariado, habéis ensalzado con todas vuestras fuerzas la imagen del obrero viril...

Nosotros, junto con las mujeres, somos la alfombra moral en la que os limpiáis las conciencias.

Este es un fragmento de los Documentos contra la normalidad del grupo francés Front Homosexuel d'Action Revolutionnaire (FHAR), 1971 y publicado en castellano en el año 1979. Recuerdo la estridencia de sus proclamas, la seguridad de sus palabras que reforzaban la novedad de su razón y se me amoldaban a mi cuerpo constituyéndolo con una protección para el riesgo de vivir para el afuera.

La irrupción del feminismo en algunos grupos de la izquierda, al final de la dictadura de Franco, fue para mí, que entonces militaba en el Movimiento Comunista, como un gozo nuevo que libera y da identidad al cuerpo oprimido, teoriza la ruptura de la identificación sexualidad-reproducción muestra un nuevo sujeto mujer frente al rol construido de la feminidad y reivindica el placer como una acción individual y al cuerpo como el lugar de la liberación. Esta nueva forma de vivir el cuerpo femenino abre a la vida a otros cuerpos que adquieren visibilidad y ayuda a construir una identidad homosexual que desde la irrupción de los travestis y transexuales en Stonewall desarrolla un movimiento político de luchas y reivindicaciones homosexuales por todo Occidente.

Cuando cogió el micrófono del altar y comenzó a cantar por Amanda Lear ya habían subido la escaleras del dorado retablo barroco al menos quince o veinte de los que participaban en la reunión de la Coordinadora de Frentes Homosexuales de Andalucía. La reunión había tenido lugar en los salones parroquiales de la iglesia San Ildefonso de Granada y al finalizar se nos propuso por el párroco, miembro del Frente y uno de sus fundadores, ver la iglesia, enseñárnoslo todo. Yo le dije “¿sabes lo que haces?” y el me respondió “para mis hermanos todo” y abrió la puerta del retablo por donde, sorprendidos por la propuesta, fuimos subiendo entre gritos y risas los 21 maricones, desplegándonos por las tres alturas del retablo del XVII, gritando a los de abajo por las hornacinas donde se encontraban las imágenes de San Miguel, San Rafael, Santa Catalina, Santa Inés, San Antón, San José, San Pedro y Pablo mostrando nuestros cuerpos vivos junto a los acartonados vestidos de los santos de Risueño, cantábamos canciones, desplegando la pluma reivindicativa mientras sonaba desafinado y chirriante el órgano sobre la puerta de entrada asaltado por la turba que ejemplarizaba con su acción sobre el templo el desprendimiento de una serie de valores y por tanto la liberalización del cuerpo como lugar de sabiduría frente a los valores cristianos. Un nuevo cuerpo imparables que desbrozaba las ataduras de la sexualidad.

En Granada, en 1978 y promovida por un excura apellidado Parra que militaba como Joaquín Vázquez y yo en MC, tuvimos una reunión en la iglesia San Ildefonso, donde se reunían, desde finales del franquismo, todo tipo de movimientos sociales y partidos. José Antonio, párroco de la iglesia, Joaquín, y yo hablamos sobre nosotros, el cómo hacer, qué hacer, cómo buscar a otros, cómo irrumpir en la calle, o quién aparecería en público como maricón, la palabra que nos había estigmatizado durante años, el insulto que expulsaba al

cuerpo y lo llevaba a un lugar de desposesión, vacío de derechos y sujeto a la arbitrariedad de la Ley de peligrosidad social con la que la dictadura franquista había completado su lista de grandes enemigos: comunistas, masones y judíos, y que ni el indulto de noviembre de 1975, ni la amnistía de 1976 benefició a los homosexuales que habían sido detenidos como peligrosos y que habían ocupado cárceles específicas, como la de Badajoz adonde se enviaban los llamados pasivos y Huelva, los activos y a los que aplicaban terapias aversivas .

La ley no se derogaría en sus aspectos principales hasta 1983.

La reunión fue el inicio del Frente de Liberación Gay de Granada, una organización formada por homosexuales masculinos que seguían el trabajo del MLH y el FHAR y que junto a grupos de Andalucía creamos el FLHA que unidos a otros como el FLHOC de Madrid, FAGC de Catalunya, MAGPV del País Valenciá o EGHAM de Euskadi, dan lugar a la Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español, una organización de la que apenas hay rastros en la Red y que se constituyó durante varios años como el primer referente organizativo y reivindicativo de las organizaciones de homosexuales. Hace apenas tres décadas la homosexualidad se consideraba una patología.

Estas organizaciones tomaron en su mayoría el nombre de Frentes de Liberación o movimientos, con ello estaban emulando históricamente el nombre de Frentes que habían tomado las organizaciones que luchaban por la independencia y la descolonización en diversos lugares del mundo desde los 60. Frente intentaba reflejar la suma de concepciones políticas que había en cada organización y que la lucha de los homosexuales no solo estaba unida a la lucha del pueblo sino que opinaban y actuaban en los incipientes movimientos pacifistas, ecologistas, sindicales o por la legalización de sus organizaciones y los partidos de la izquierda revolucionaria ... señalando al cuerpo como un cuerpo colonizado por el sistema patriarcal capitalista al que hay que liberar de la opresión sexual.

Pero los Frentes no desbordan los límites de una concepción binaria del género y por tanto devienen a entender la liberación como un asunto de alcanzar la igualdad, de extensión de derechos, en definitiva, buscan bajo su aparente radicalidad una ampliación de la norma, ser reconocidos, normalizados. El cuerpo homosexual que habíamos vivido como cuerpo de deseo, como el amor que no osaba decir su nombre, como un cuerpo que expande el placer desacralizándose, muestra sus límites en la conformidad con la ampliación de la norma heteropatriarcal a aquellos que aman a seres del mismo sexo. La lucha por el placer se va transformando en aceptación del amor romántico como paradigma y es esta ampliación homoerótica de la concepción del amor romántico, un cuerpo que ama a otro morfológicamente igual, construido como semejante, el que señala los límites transformadores, en numerosas organizaciones gais en la actualidad, con revival de la familia, de la pareja, de la fidelidad y por fin del matrimonio, es decir vida organizada por el Estado que nos regla. Las organizaciones homosexuales, llamadas ahora gays con un vocablo amable que define en cierta medida el fin del asilvestramiento y la entrada al orden, toman el camino de la reforma y sellan los límites de la liberación sexual EN LOS PAISES QUE HAN LEGALIZADO LA HOMOXESUALIDAD.

La vida escapa a la razón y el cuerpo manda. Y ante la imposibilidad de acotar el deseo, de normalizarlo, resurge el hecho trans que performa y escapa a lo binario, dilu-

yendo la noción de femenino y masculino, guiándonos a aquellos que no nos reconocemos en la masculinidad del homosexual blanco, los que abjuramos de su trono, la rebelión del cuerpo individual frente a la masculinidad y sus opresiones. Los transexuales y travestis que iniciaron la lucha en Stonewall con sus cuerpos otros, sus deseos otros, volverán tras la irrupción del sida ya bien entrados los 80 a posibilitar la aparición de otro cuerpo descodificado del binarismo conceptual del régimen biopolítico. Transgender

IV

Aún me cuesta trabajo recordar como el cuerpo que había sido mi amor, la persona con quien había unido por vez primera el afecto, la palabra y el placer, había muerto. Lo recuerdo en una foto dormido en la arena con la cabeza apoyada en el mástil de madera de un chiringuito de playa, es la foto que guardo de aquellos años donde la imagen podía aún venerarse y llevarse en la cartera con esa sensación de quien lleva un poco del alma del otro en el bolsillo, recuerdo muchas más situaciones y sobre todo la carta en que se despedía. La carta de Diego la perdí como un síntoma de quien huye del dolor que se presenta como irrefutable

Así llegó el sida a nuestras vidas, apenas salidos de la ciénaga gris de la dictadura DE FRANCO donde años atrás habíamos vivido preguntándonos quienes éramos, apenas el placer había jugado de tú a tú con nosotros, llegaba la que mostraban como la plaga irredenta de nuestra libertad. Los frentes de alguna forma miraron hacia otro lado, queríamos no ver, pero debajo de la movida feliz de la España de los 80 que se nos cuenta, escondido en lo privado, ajeno a lo político, abandonados en la calamidad que traía, en la ignorancia de su tratamiento, en la fiereza de su insanación, no lo dimos todo. No era justo que nos correspondiera a nosotros homosexuales cargar con esa identificación social que de nuevo creaba estigma y dolor. La creencia de que el sida era un asunto de homosexuales llevó a nombrar la enfermedad de varias maneras, casi siempre peyorativas. Algunos de estos nombres fueron cáncer o peste rosa, peste gay o síndrome homosexual. El cuerpo enfermo, como un cuerpo no vivible, un cuerpo estigmatizado como cuerpo en decadencia. El cuerpo replegado, desasistido, que cierra su liberación comienza a recuperarse mediante la creación y acción de los comités anti-sida a finales de los 80, comités formados por portadores del VIH, familiares... comités que son el soporte de la irrupción de la individualidad mediática de los que portaban la enfermedad y la afrontaban públicamente y es esa interrelación organización-individualidad la que comienza a provocar un cambio en la visualización de la enfermedad por la ciudadanía, junto a las demandas y movilizaciones de las organizaciones antisida que provocaron la aceleración de las investigaciones sobre su origen y vías de curación. Desde 1981, en que se descubre el primer caso de sida, hasta 1996 cuando se inician los primeros tratamientos retrovirales, la enfermedad ha significado la muerte de decenas de millones de personas y la existencia de una industria farmacológica que saca pingues beneficios de ella, administrando la enfermedad según el poder económico de los afectados o la realidad pública de la atención sanitaria de los Estados.

V

En Méjico, en 1901, durante el mandato de Porfirio Díaz, se realizó una redada contra un baile de hombres en una vivienda particular, de los cuales 22 están vestidos de hombres y 19 de mujeres. La prensa mejicana se ceba en el hecho, a pesar de que el Gobierno se esfuerza en tapar el asunto, puesto que los detenidos, los 41 maricones, número borrado de la numerología mejicana durante años, pertenecen a las clases altas de la sociedad porfiriana. Uno de ellos el que sería 42, no fue detenido, era el propio yerno del presidente.

Me pongo camisa de lunares

75 años después, allí en Granada, el Sacromonte granadino, UN CERRO LLENO DE CUEVAS VIVIENDA, convertido en monte sagrado por la aparición a finales del XVI, de los libros plúmbeos, era una fiesta continua, las cuevas, puestas en valor por el turismo, se habían ido convirtiendo en el centro de la noche de Granada, miles de personas las abarrotaban, cuevas tablao, cuevas discoteca, cuevas con actuaciones de travestis y transformistas donde se mezclaba el flamenco, la copla, los romances, ante un público mixto de matrimonios y homosexuales de todos los pelajes dispuestos a oír al Curro Albaycin en poemas de exaltación del Federico por fin hecho carne, descendido a la tierra donde nació y murió, o irnos a ver las atrevidas e insinuantes actuaciones de la Kiki, el dueño transformista o travesti o vaya usted a saber, que mientras cantaba chirriante una especie de cuplé que decía entre otras cosas “repasando el otro día el diccionario de francés, la mar se dice lamé”, simulaba introducirse una gran polla en la boca. Allí también estaban los bares que frecuentábamos los activistas de los frentes, la Zíngara, el bar de la Encarna o El Chorrojumo, nombre de un personaje performado para turistas del XIX (foto). Allí las mariquitas intelectuales arrojadas en los brazos de cualquiera nos contábamos nuestras irrupciones en la vida pública con aquellos disfraces de viudas de velos negros, que las desafortunadas se habían puesto correteando por el Sacromonte después de asaltar cármenes abandonados del Albaycin e introducirse en un velatorio de gitanos en la vereda alta del Sacromonte, de donde salieron como follasca en polvareda nada más aparecer de luto riguroso en la cueva de La golondrina y un gitano, trase, trash, trac sacarles la navaja,. La veda estaba abierta y los pájaros salíamos a cantar por doquier con el nuevo y variado plumaje donde la normalidad era estar dentro del armario y no como nosotros poniéndonoslo tal y como Benedicto XVI dicen que dijo cuando por primera vez abrió los armarios vaticanos y exclamó “me lo pongo tó”. Entonces la masculinidad y sus estereotipos había desaparecido de lo que realmente era un maricón con sus variantes de plumera, lánguida, deslenguada, ocurrente o intelectual y las raras, que venían a ser lo mismo. Llevábamos motes femeninos como el de aquel que de nariz tan aplastada le llamábamos La portazos o aquel otro que como siempre estaba en la calle dando vueltas le apodábamos La 11 que era el número del autobús de circunvalación de Granada.

En el Sacromonte ya no se cabía los fines de semana y la autoridad comenzó a ordenar, que es imponer, y el Sacromonte, a base de cierres, bajó de los cielos y descendió a la ciudad. Nuevos locales específicos se abrían para nosotros, como el 41 o Estudio 5 donde un día me encontré travestido actuando a quien días atrás había llevado a casa como gitano guapo para pasar la noche. Yo ya me barruntaba algo cuando por la mañana, cuando me levanté, me encontré que me había dejado la casa como los chorros de oro después de una fiesta de cumpleaños que yo había dado el día de antes y en la que él no había estado. Pasa-

dos unos años lo encontré con traje y un bigote de usar y rasurar, paseando en un carrito, junto a su compañera, a sus dos hijos. La identidad hacía rayas, creaba en mí interferencias.

VI

A diferencia de los términos “travesti” y “transexual”, que fueron creados por el discurso médico-psiquiátrico-jurídico y que por tanto en su origen tienen una connotación patologizante, la noción de transgénero es un término autorreferencial que empezaron a usar activistas como Virginia Prince para definir su propia condición experiencial. Transgender abre un espacio conceptual que posibilita deconstruir la dimensión ideológica de la división entre sexo y género, expresando que la distinción entre hombres y mujeres es cultural, que no todos los cuerpos clasificados al nacer como masculinos o femeninos son hombres y mujeres, que sexo y género se amalgaman de forma que no todas las piezas concuerdan con el patrón moneda. Serán comenzados los 90 cuando el movimiento transgénero, -que estuvo políticamente muy aislado, e incluso fue marginado y criticado por amplios sectores de los movimientos feministas y de liberación sexual, por considerarlo, en el fondo, un colectivo reaccionario que reproducía y contribuía a perpetuar estereotipos de género- comienza una nueva visibilidad política coincidiendo con una serie de fenómenos, acontecimientos históricos y cambios a nivel cultural, geopolítico y socioeconómico como la epidemia del sida, el colapso de la Unión Soviética, la emergencia de las teorías queer, la tercera ola del feminismo y la expansión a escala global del neoliberalismo.

Los transexuales, tratados como casos de estudio y expulsados de los debates normalizadores, apilados bajo el paraguas de una sexualidad desviada, a la que la autoridad científica, médico y jurista intenta reasumir en el sistema binario de género, mediante la reasignación de sexo, comienzan a convertirse en sujetos de enunciación; sus opiniones empiezan a ser tenidas en cuenta por los estamentos de poder mediante la lucha por la descriminalización y despatologización de la transexualidad. Kim Pérez marca en los 90, en nuestra realidad, el paso de una visión y consideración de la transexualidad como un aspecto exacerbado de la homosexualidad que vive en los márgenes, a situarla no solo como un derecho sino como la expresión de que los roles masculino y femenino se mueven, no son naturaleza, creando la noción de género difuso en el que sitúa a la mayoría.

Sigo la genealogía de Beatrizo Preciado sobre las distintas ficciones políticas que han ido fabricando las técnicas de poder y de producción del cuerpo y de la subjetividad vigentes para ver cómo esas técnicas están estrechamente vinculadas a diversos sistemas de representación. O dicho con otras palabras, analizar cómo se ha ido transformando a lo largo de la historia la relación entre cuerpo, poder y verdad.

A mediados del siglo XX empiezan a aparecer nuevas técnicas de construcción del cuerpo y de la subjetividad que Preciado denomina “fármaco-pornográficas” o “neoliberales” y que van a establecer distintos tipos de relaciones (tanto conflictivas como simbióticas) con las antiguas técnicas soberanas ligadas al poder del rey sobre la muerte; disciplinarias o biopolíticas, ligadas al mantenimiento de la vida y las ficciones políticas unidas a ellas.

Para Preciado el cuerpo no es naturaleza sino somateca, un archivo de lenguajes y técnicas, un lugar en el que se producen conflictos somato políticos intensísimos, lo que hace que sea prácticamente imposible que pueda existir un cuerpo plenamente sano y feliz, un cuerpo que realmente funcione como un todo homogéneo y sin fisuras. Será entonces la noción de cuerpo la construcción de una ficción política que posee una curiosa doble cualidad: estar viva y ser un lugar de subjetivación.

En cierta medida, las luchas específicas de los movimientos transexuales y transgéneros ya tienen que ver con estas nuevas técnicas que generan dinámicas de opresión y dominación igual o más virulentas que las anteriores. Porque sabemos que las técnicas de producción de poder y las técnicas de producción de verdad son inseparables y en su proceso de transformación histórica han ido forjando diferentes figuras somatopolíticas.

Es sobre este cuerpo fragmentado, convertido en somateca, sobre el que el capitalismo neoliberal actúa.

VII

La homosexualidad como identidad comienza a aparecer bajo el capitalismo industrial y su sistema de trabajo libre, surge en la modernidad, en el paso de una economía familiar como lugar de la producción, socialización y reproducción a una economía capitalista plenamente desarrollada donde la familia nuclear es desposeída de su capacidad productiva mediante la invasión del capital en cada vez más territorios y áreas económicas que le eran propias, desde la alimentación, al vestido y la producción de objetos que sustituyen en alguna medida las labores domésticas propias de hombres y mujeres. El trabajo asalariado crea las condiciones materiales para la aparición de personas susceptibles de vivir su vida fuera de la familia, el nuevo hogar es la fábrica y la familia tomó un nuevo significado como una unidad afectiva, una institución que producía no bienes sino satisfacción emocional y felicidad.

La familia se convirtió en el escenario de la “vida personal”, tajantemente distinguida y desconectada del mundo público y el mundo de la producción. A medida que se difundió el trabajo asalariado y la producción se socializó, fue posible liberar a la sexualidad del “imperativo” de la procreación. Ha sido el desarrollo histórico del capitalismo, -más específicamente su sistema de trabajo libre- el que ha permitido que gran número de mujeres y hombres a finales del siglo veinte se auto-proclamen homosexuales y lesbianas, que se perciban como parte de una comunidad de hombres y mujeres similares, que se organicen políticamente sobre la base de esa identidad.

Es en esta nueva realidad de recreación de la familia, cuando la familia nuclear se reduce en sus miembros a la vez que posibilita la independencia de estos, que ya no estarán unidos por las necesidades de la producción sino fundamentalmente por lazos afectivos, los hijos no son ya una fuerza de trabajo en el seno familiar sino que lo serán para el capital. El espacio doméstico se transforma en un espacio femenino de reclusión edulcorado por la concepción del amor romántico y destinado a la armonización y jerarquización de los afectos y al cuidado de la reproducción de la fuerza de trabajo, donde el trabajo de

la mujer no es remunerado y por tanto se hace invisible. Es en esta nueva redefinición de familia como espacio interior donde se fortalecen y consolidan los roles de la masculinidad y la feminidad y será desde este topo-tropo donde el individuo solo emerja para satisfacer sus propios afectos.

El capitalismo posibilitó la construcción de la identidad homosexual, a la vez que la trata como un hijo bastardo, que ha ido adquiriendo visibilidad en la cultura capitalista creando sus propias subculturas y sobre la que se ha trabajado para intentar fijarla por medio de la confluencia de las reivindicaciones normalizadoras del propio movimiento, limitando la lucha a la igualdad de derechos. Esta normalización de la identidad gay ha posibilitado aparecer con calidades cuantitativas considerables como para que el capital fije sus ojos en esta identidad reinventando la figura del homosexual e intentando codificarla.

Foucault estaba hablando sobre las consecuencias de esta construcción identitaria cuando sugería que si “ la identidad llega a ser el problema mayor de la existencia sexual, si las gentes piensan que deben «desvelar» su «identidad propia» y que esta identidad debe llegar a ser la ley, el principio, el código de su existencia, si la cuestión que perpetuamente plantean es: «¿Esto es acorde con mi identidad?», entonces pienso que retornarán a una especie de ética muy próxima a la de la virilidad heterosexual tradicional”.

Este nuevo cuerpo surgido de la familia nuclear y proyectado sobre los afectos y deseos nos introduce en un mundo de fantasmagorías, virtualidades e imaginación sobre la que el sistema neoliberal somatopornográfico trabaja .

El cuerpo, entendido como somateca, es un cuerpo objetualizado y fragmentado, donde cada uno de sus fragmentos se convierte en objeto susceptible de intervención exterior, de creación de objetos protésicos que abarcan un sinnúmero de técnicas médicas, estéticas, deportivas, de género... creando sobre ellas lugares de deseo que actúan construyendo simulacros que conforman un cuerpo imaginado, virtual, un fantasma sobre el que proyectar el deseo y también el consumo. Será desde y para este cuerpo proyectado mediante la construcción de simulacros donde el mercado actúa, fortalecido por el capitalismo posmoderno que ya no se extiende y reproduce solo desde el lugar de producción del objeto sino desde aquel en el que se produce y difunde su imagen. Como señala Zizek “la verdad debe encontrarse en las apariencias”.

Es sobre este cuerpo, ahora llamado gay, (gay es un acrónimo de Good As You “tan bueno como tú”, término con el que se señala que la reivindicación se sitúa en los límites de la normalización con un otro heterosexual al que parece no cuestionar), sobre esta imagen de lo gay se construye el homosexual masculino, fuerte, independiente y a la vez sensible, como un nuevo héroe en lucha por sus derechos y sobre todo por el derecho supremo al consumo. El cuerpo de este hombre musculado y perfumado, describe una identidad sumamente excluyente basada en patrones de raza, apariencia física, edad y, sobre todo, nivel socioeconómico, por el que pugna el capital en alianza con los medios de comunicación de masas.

La democracia es una “utopía de la modernidad eurocéntrica” que en términos biopolíticos se puede definir como el “arte de gobernar los cuerpos libres”. Para ello se

crean técnicas de poder extremadamente elaboradas, pues ya no son técnicas de muerte, sino de gestión y control de la vida. Técnicas con las que se intenta poner a las poblaciones al servicio de la producción económica y de la acumulación de capital.

VIII

Allí, bajo el escenario de madera y traviesas de hierro, bullía la vida en un ir y venir de risas y aspavientos cuando íbamos viendo transformarse el dogma de agitadores marxistas leninistas en espectáculo de agitación carnavalesca, en esa algarabía de lentejuelas, velos, paquetones, tetas postizas, pelucas imposibles, medias con carreras, ropas sin fin preparadas para la ocasión... Labios pintados, bigotes postizos, gorilas de peluche donde se escondía un hombre cantando al amor... Géneros trastocados, el desmadre de un cabaré sin cueros ni encueros y un poco queer, al que el público recibía alborozado al grito de “¡Cutre! ¡Cutre! ¡Cutre!”

Era 1986 cuando el CutreChou, un grupo de amigos, militantes de la llamada extrema izquierda, se subieron al escenario en una feria del Corpus granaino para desacralizar el cuerpo y apostatar de sus dogmas. El Cutre me colocó en un lugar otro, el solo hecho de presentar el espectáculo me permitía transitar por identidades que entonces pensaba como hiperbólicas, darle vida en mí a la Manolita, a la Negra, a la travesti del Zeluan, resituar la pintura de abéñula que cuando niño me ponía en los ojos, encerrado en el cuarto de baño de la casa de mis padres con más celo aún que cuando me hacía una paja. Descerrejar mi cuerpo cerrado para transitar de lo masculino a lo femenino, desposeyéndome de su sello, destatuarme del rol impreso, actuar, mostrarme desde otro límite... Y lo mejor no era arte o lo peor no sabía que era arte.

Empecé a saber para que era el arte ocho años después, 1994, en una fiesta en Mollá (Barcelona), como regalo para mi amigo Miguel Bargalló por su cuarenta aniversario y compartiéndolo con otras amigas de Norte a Sur realicé la acción Tengo Tiempo, una acción entre el Cutre y la experiencia vital que me supuso mi conocimiento personal de James Lee Byars, un nombrador. La acción fue una especie de ritual iniciático marcado por el sucesivo desprendimiento de multitud de ropas que llevaba puesta, ropas en desuso, ropas de todos los días, ropas regaladas por otros, ropas que señalaban distintas situaciones de mi vida, una tras otra iban cayendo al suelo como piel de serpiente hasta quedarme desnudo cubriéndome con una sábana que ponía “Tengo Tiempo” dos palabras con las que me abría al pasado que fui y al futuro que seré mediante la acción. Pasado y futuro invocados por el presente: Tengo. El cuerpo desnudo como cuerpo dispuesto a seguir transformándose desde la verdad de mi individualidad que trabaja en precario por renombrarse, no en el sexo que es separación sino en la multiplicidad que nos aleja del concepto unitario del uno que al imponer su verdad genera violencia.

Este cuerpo ocupado en disolver la opresión del uno, deseante de escabullirse del cuerpo inscrito en el coercitivo sistema binario, 1+1. Este cuerpo que huye de la violencia de la reasignación de género, tendrá que aprender a buscar alejándose del cuerpo patologizado por la norma, dispuesto a experimentar desde el conocimiento y la lucha para

desprenderse de la masculinidad otorgada por el rito. Cuerpo abierto a lo trans como un cuerpo móvil capaz de liberarnos de la aflicción del rol que nos camufla violentándonos, cuerpo trans revelado y rebelado como un dispositivo de disolución, como cuerpo en tránsito, cuerpo descivilizado que habla desde las minorías superpobladas, repletas de individuos con cuerpos disfuncionales según la norma que excluye a los cuerpos que exceden al binarismo, cuerpo múltiple desde posiciones no solo de sexo y género sino también desde una concepción de discapacidad, cuerpos tullidos disnormativos situados a millones en los márgenes, cuerpos en pobreza expulsados del sistema neoliberal de consumo, cuerpos sin renta, cuerpos no rentables, cuerpos vivos en la acción.

